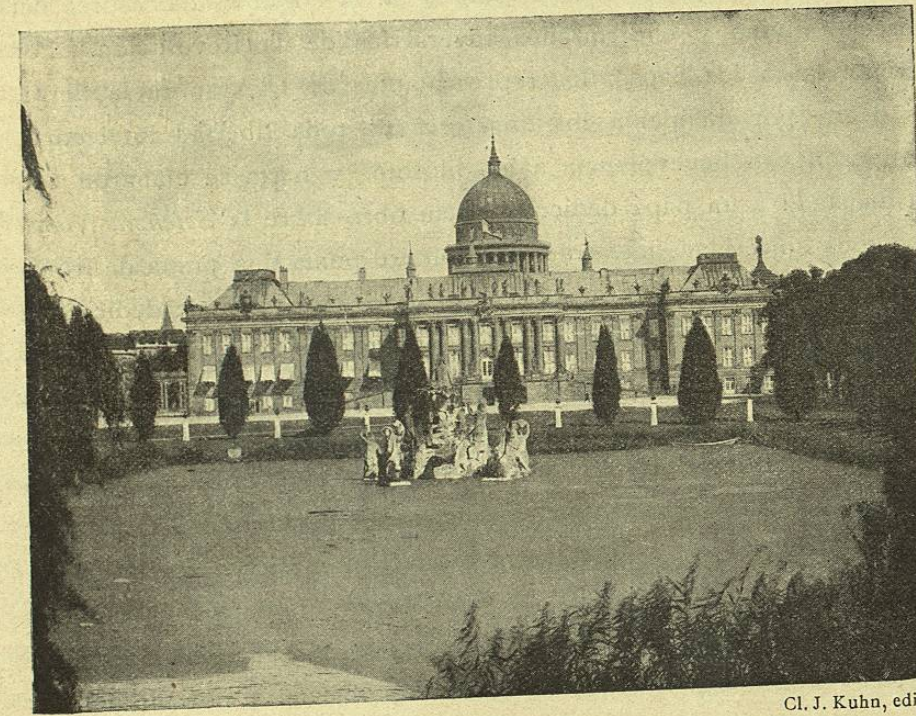


que fué un rey y como tal tuvo todos los caprichos y todas las debilidades; Rousseau, que fué un misántropo, y conoció todas las sospechas y todos los rencores propios de la misantropía! Sin embargo, ese mundo incoherente, en el que se producen á veces torbellinos de odios y de calumnias, no deja de presentar un conjunto prestigioso por la vehemencia de la pasión y el brillo y la verdad del pensamiento. De cerca era el caos, y en la perspectiva del porvenir fué una armonía superior á las mil voces concordantes en su diversidad.

Los mismos soberanos, á quienes su profesión de reyes obligaba á perseguir á librepensadores y rebeldes, estaban subyugados por la filosofía, si no personalmente, al menos en el círculo de su intimidad. Lo que Luis XV no hubiera hecho, la Pompadour le obligaba á hacerlo: tan pronto perseguía á los autores de la *Enciclopedia*, como les protegía ó les animaba en su nombre. Casi toda la aristocracia se hizo liberal y sonreía á la aurora de una sociedad mejor; parecía natural que los mismos amos se prestasen á un papel que apenas habían ensayado hasta entonces, el de «bienhechores de sus súbditos». El poder de la filosofía, en aquel medio encantador é intelectual de los salones, llegó á ser tal, que hasta los mismos príncipes afectaban ser filósofos ó creían serlo con toda candidez. A lo menos, por medio de embajadores, podían dejarse representar como tales: si circunstancias especiales, costumbres difíciles de cambiar bruscamente, inconveniencias debidas á falta de inteligencia de los funcionarios condenaban sus reformas al fracaso, no por eso dejaban de haber dado muestra de buena voluntad aparente, y después no tenían más que cargar sobre otros el mal éxito de sus proyectos. Si no llegaban á ser los «padres del pueblo», á lo menos hablaban sabiamente como si lo fueran.

Las pretensiones filosóficas no impedían á los soberanos entregarse al «noble juego de la guerra» con todas sus atroces consecuencias, ni aplicar las antiguas leyes represivas, ni proclamar otras nuevas á su capricho, ni conservar todo su cortejo de exatores, gendarmes, carceleros y verdugos, conforme con las antiguas prácticas del derecho divino. El landgrave de Hesse-Cassel, que se había erigido en preceptor de justicia y de mansedumbre en su escrito

titulado *Pensamientos diversos sobre los Príncipes*, era aquel mismo Federico de Hesse que en 1776 vendió 12,000 hombres á Inglaterra para combatir los colonos rebeldes de América, y que en 1781, hacia el fin de la guerra, tenía en reserva unos 22,000 hombres¹, muchos más que los que podía suministrar su principado de tres-



POTSDAM — PALACIO DE FEDERICO II

Cl. J. Kuhn, edit.

cientos mil habitantes. Llegó á hacerse chalán de hombres para procurarse fuera de la Hesse la cantidad de carne humana que necesitaba.

¡Y sin embargo, el pueblo cándido, esos mismos filósofos que se daban por misión estudiar el alma humana y presentir las intenciones secretas, se dejaban seducir por la ilusión de los «buenos príncipes!» Esperaban que un brazo poderoso detuviera esa revolución cuyo rumor próximo se oía ya. Evidentemente, Voltaire obedecía al imperio de esa ilusión, unida además á un pueril sentimiento de vanidad y de adulación cortesana cuando se hacía el íntimo

¹ Ernest Nys, *Notes sur la Neutralité*, ps. 91, 92.

de Federico II, su consejero y el corrector de sus desahogos poéticos; Diderot creía también en la transformación de los pueblos por una voluntad soberana, cuando peroraba ante la emperatriz Catalina y le exponía cándidamente todos sus planes de renovación social. Los emperadores de Alemania fueron también filósofos á su manera, á la vez que escrupulosos observadores de la etiqueta, defensores del derecho divino y encarnizados adversarios de la Revolución. Por último, hasta los papas, los representantes de Dios sobre la tierra, es decir, por definición los opresores de toda libertad intelectual, acogieron con benevolencia á los filósofos y hasta se ufanaron con su amistad: á un papa dedicó Vico su obra sobre la *Scienza Nuova* con toda sinceridad, mientras que Voltaire ponía una punta de ironía inscribiendo el nombre de otro papa sobre la página de dedicatoria de su *Mahomet*. Además se vió á Clemente XIV, siguiendo el ejemplo de los reyes reformadores, disolver oficialmente la Compañía de Jesús (1773), que, mejor adaptada á la lucha que el Papado, había de subsistir, tanto más fuerte cuanto que obraría en secreto, y readaptar la Iglesia á las exigencias contemporáneas. Los acontecimientos ulteriores demostraron á cada nuevo ensayo cuán funesta era la ilusión de la cándida confianza en los «buenos tiranos»; ¡pero cuántas veces había de renovarse esa ilusión bajo otras formas, con la monarquía parlamentaria, luego con la burguesía republicana y por último con los socialistas de Estado, que se comprometieron, sucesivamente impulsados por las excitaciones populares, á realizar el ideal de la libertad y de la igualdad de los ciudadanos: esos tesoros serán conquistados, no serán dados jamás.

En su sencillez de niños, los delegados de las naciones desgraciadas ó de los Estados en formación se dirigían á los filósofos más famosos para obtener de ellos una constitución modelo. Las Carolinas, cuya carta feudal fué concedida en 1663 á algunos señores, Berkeley, Shaftesbury y otros, pidieron á Locke que les redactara una constitución que sirviera de «gran modelo» á los pueblos venideros. Ni Locke ni los señores concesionarios conocían el país ni los hombres á quienes había de aplicarse la constitución futura, la cual, naturalmente, no pudo ser experimentada jamás con plena convicción ni con buen éxito. También los Corsos y los Polacos

consultaron á Rousseau, quien les respondió por «Cartas» y «Consideraciones», que no podían menos de quedar inútiles.

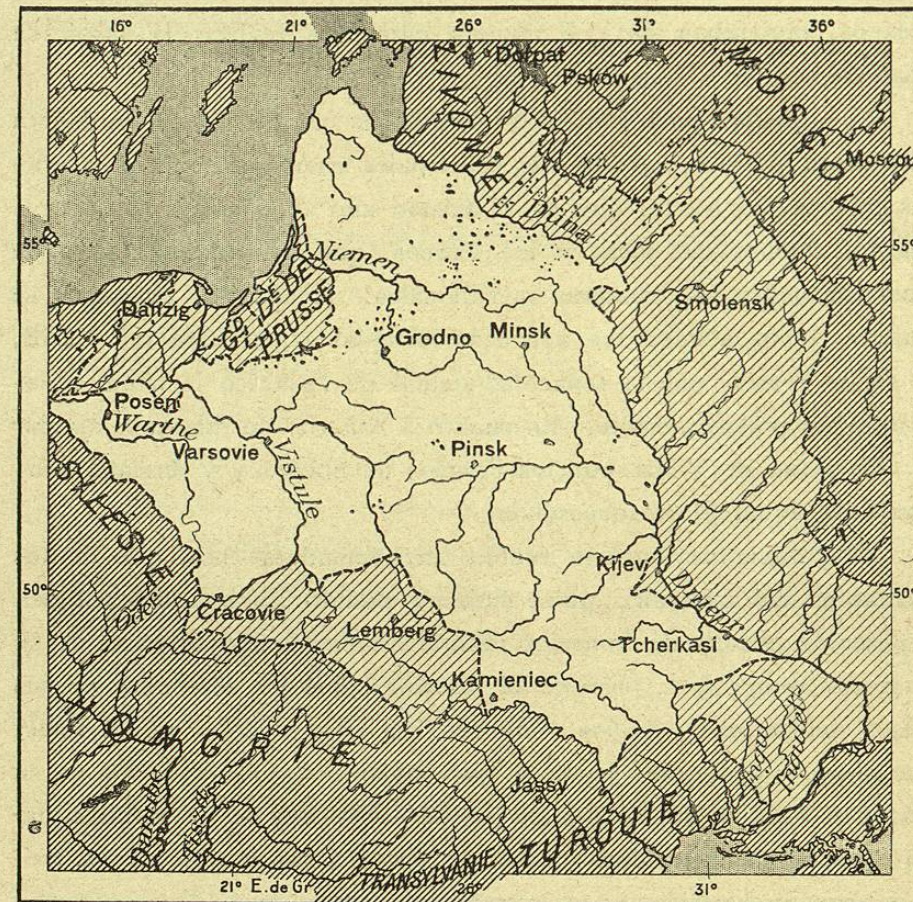
En tanto que los filósofos hablaban de la felicidad de los pueblos, los soberanos, cuyo talento esclarecido celebraban tantos cortesanos, mostraban de qué manera entendían realizar la suspirada edad de oro.

En aquella época hallábase Polonia en un estado de verdadera disolución política. Antes sus principales enemigos exteriores eran los Suecos del Norte, que en el mismo año 1656 creyeron llegar á ser los dueños del país, y los Turcos, que no habían cesado de guerrear sobre las fronteras meridionales. A aquellos enemigos se unieron otros adversarios aún más formidables, al Este los Rusos, al Oeste Prusia, que la tenacidad genial de Federico II había constituido tan poderosamente. En cuanto á Austria, no intentaba olvidar la liberación de Viena por los Polacos de Sobiesky y deseaba vengarse de aquel glorioso servicio.

Si Polonia no hubiera tenido que defenderse más que de los asaltantes del exterior, quizá hubiera podido librarse del peligro, á pesar de la falta de fronteras naturales sobre la mayor parte de su contorno geográfico; pero en el interior había de desconfiar de sus falsos defensores y de los traidores: en primer lugar podía temer sus amos y confesores jesuitas, que tenían todas las escuelas en su poder y dirigían la instrucción según el interés de su política, no en el de la nación polaca; había de temer á sus propios reyes, frecuentemente escogidos en el extranjero y que permanecían ignorantes del pueblo que habían jurado «hacer dichoso». ¿No fué uno de esos reyes, Augusto II, quien, desde el primer tercio del siglo XVIII, propuso despedazar su propio reino para satisfacer los apetitos furiosos de las potencias vecinas? A los Rusos hubiera dado la Lituania, á los Prusianos todo el bajo territorio regado por el Vístula, y Austria por su parte hubiera recibido el distrito de Szepas (Zips, Scepusia), es decir, la parte montañosa del Tatra entre Tisza y Vístula. De ese modo, desde aquella época, la suerte de Polonia quedó sellada: la política de las potencias colindantes quedó orientada en el sentido del reparto.

Se atribuye con frecuencia la disolución de Polonia á una práctica fundamental de los electores del reino, el *liberum veto*, es decir, la intervención libre de todo miembro del Congreso para anular las

N.º 419. Primer reparto de Polonia.



1 : 12 500 000

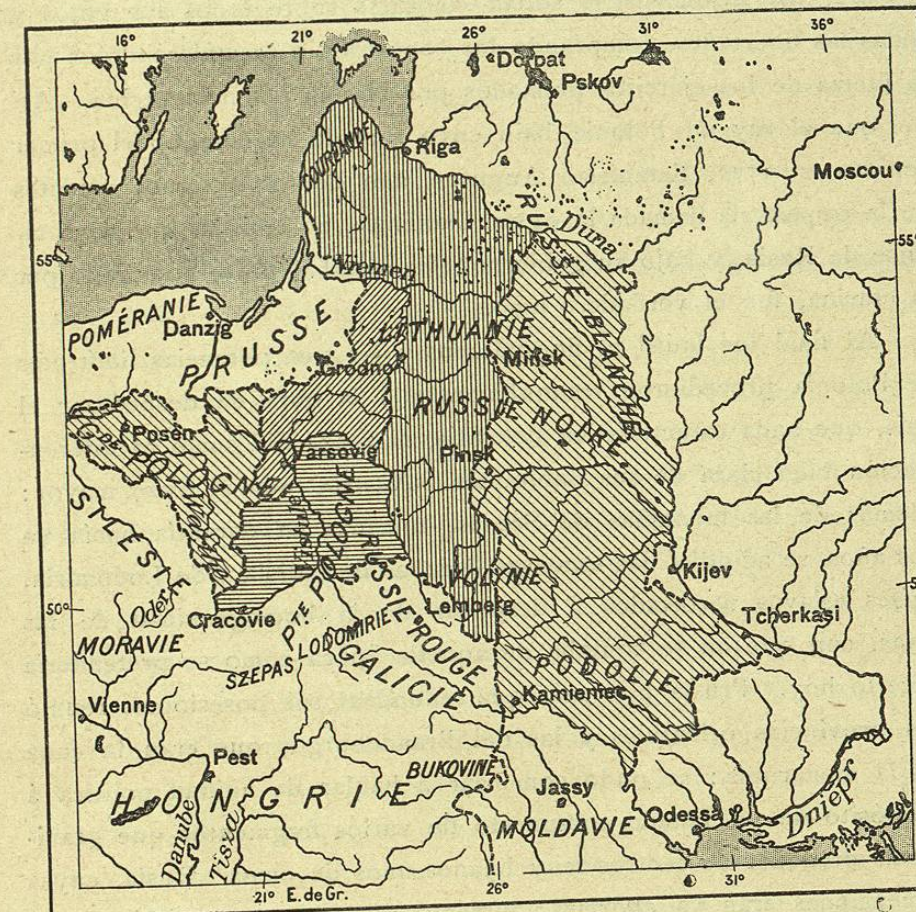
0 100 400 800 Kil.

El gran ducado de Prusia quedó mucho tiempo bajo el dominio feudal de Polonia; no fué realmente independiente hasta el siglo xvii. En 1772 tomó Rusia la orilla izquierda del Dniepr, Austria se apoderó de Galicia y Prusia del bajo Vístula.

resoluciones tomadas: en una palabra, toda decisión había de ser unánime. En sí, no hay principio más equitativo que ese respeto absoluto de la voluntad de uno solo por la mayoría, y no se concibe que se le pueda violar en toda sociedad de iguales que no se abandone á la moral fácil de la razón de Estado. La regla

del *liberum veto* era también practicada en las órdenes de caballería germánica desde la época de su fundación, y no puede formarse grupo alguno de hombres adictos individual y colectivamente á una misma

N.º 420. Segundo y tercer repartos de Polonia.



1 : 12 500 000

0 100 400 800 Kil.

En el segundo reparto, en 1793, Rusia ocupó la orilla derecha del Dniepr, desde la Duna á Kamieniec (Kamenets Podolsk), y Alemania se apoderó de la Poznanía.

Después de la rebelión de Kosciusko, en 1795, Curlandia y Polonia oriental pasaron á poder de Rusia, la pequeña Polonia al Austria y el resto á Prusia.

Las fronteras de los reinos coparticipantes en el reparto se modificaron en favor de Rusia en el congreso de Viena (1815).

causa sin que se admita implícitamente una regla idéntica. Mas en el caso especial de Polonia, precisamente porque esa ley del «veto libre» era incesantemente violada, la nación, violentada y destrozada